

ANTECEDENTES SOBRE LA APERTURA DE LAS ESCUELAS EN PANDEMIA: ES NECESARIO AVANZAR

- En el presente documento revisamos los antecedentes más relevantes respecto al cierre de escuelas como una medida para controlar la transmisión de Covid-19, así como también los costos que ello supone en distintos ámbitos.
- A partir de ello, concluimos sobre la urgencia de apoyar el proceso de apertura de las escuelas en aquellas regiones y comunas en las cuales los contagios se encuentran controlados y el peligro de brotes es menor, priorizando la asistencia de los niños más pequeños.
- Para ello se deben aplicar las medidas de mitigación recomendadas en la literatura, así como seguir el plan elaborado por el Ministerio de Educación, sociabilizado con cada comunidad y adaptado a cada realidad.

Las consecuencias del cierre de escuelas producto de la pandemia han concitado la preocupación de especialistas y autoridades tanto en Chile como en el mundo. La OCDE, en la presentación de su más reciente informe *Education at a Glance 2020*, indicó que la merma en aprendizajes debido a esta medida acarreará pérdidas en productividad que impactarán negativamente el producto mundial por el resto del siglo. De igual forma, la ONUⁱ había advertido tiempo atrás del alcance de lo que denominó una “catástrofe generacional”, capaz de amenazar décadas de progreso y de exacerbar las desigualdades ya existentes a nivel global.

Lo anterior ha develado la relevancia de volver a evaluar esta medida desde un punto de vista multidimensional, es decir, no sólo poniendo sobre la balanza sus aparentes beneficios para el control de la propagación del virus, sino también sus potenciales efectos negativos en ámbitos que se ha demostrado exceden lo educacional. Ello lleva a sugerir que, conforme se vaya controlando el virus y a sabiendas que deberemos convivir con él por un tiempo, los países prioricen la apertura de las escuelas de forma flexible, catalogándolas incluso como actividades esencialesⁱⁱ.

En el presente documento se resumen los principales hallazgos de una revisión de los estudios disponibles sobre esta materia, lo que tiene por objeto entender cuáles

son las principales variables involucradas y aterrizar la discusión sobre la apertura de las escuelas en el país.

CIERRE DE ESCUELAS COMO MEDIDA DE CONTROL DEL COVID-19

Una de las primeras medidas que tomaron los países, incluido Chile, para frenar la propagación del Covid-19 una vez detectados los primeros brotes, fue el cierre de los establecimientos educativos. Si bien los estudios realizados en otros países indican que ello habría contribuido a reducir la velocidad de los contagios, la mayoría de estos no permiten determinar con exactitud el impacto aislado de esta medida respecto a las demás restricciones que los gobiernos impusieron sobre la población, como las cuarentenas, el uso obligatorio de mascarillas, etc. Resultados preliminares para Inglaterra indican que el cierre de escuelas habría tenido un efecto marginal en comparación con el resto de las medidas aplicadas y que, por sí sola, la más efectiva ha sido el aislamiento de casosⁱⁱⁱ.

En efecto, un estudio sobre la reapertura de las escuelas en ese país durante los meses de junio y julio encontró muy pocos brotes asociados a ésta, especialmente a nivel parvulario y primaria y en comparación con otros establecimientos como casas de reposo, cárceles y oficinas^{iv}. Además, se reporta que los contagios entre miembros del staff fueron más frecuentes que entre estudiantes, así como que la mayoría de los niños que contrajeron la enfermedad fueron contagiados por sus padres y no en la escuela. Por último, este estudio encuentra una alta correlación entre la incidencia de Covid-19 en la comunidad y la ocurrencia de brotes en las escuelas, lo que sugiere que estas no son por sí solas un foco más favorable de infección, sino que depende de lo que ocurra a nivel territorial.

Pero dada la gravedad del virus, esta evidencia parece insuficiente y existe un temor fundado del daño que puede provocar en los niños, así como el rol que estos cumplen en su propagación. No obstante, los datos indican que representan apenas el 1-2% de los casos de Covid-19 a nivel mundial^v y que, en contraste con otros virus respiratorios, parecen ser menos propensos que los adultos a contraerlo^{vi,vii}. En el caso de Chile, la incidencia de contagios entre menores de 10 años es de sólo 3,7%, menos de un tercio de la participación de dicho grupo etario en la población (13,6%). De forma similar, entre la población menor de 18 años la incidencia es de 9,3% versus 27,3% de participación de este grupo a nivel nacional^{viii}.

Desde el punto de vista médico, los estudios internacionales encuentran que la mayoría de los niños y adolescentes que se contagian presentan una enfermedad

leve o nula y sufren consecuencias severas con mucho menor frecuencia que los adultos. Si bien en el mundo hay casos de niños hospitalizados por el síndrome inflamatorio multisistémico tras infectarse de Covid-19, éste ha sido poco común y con buen resultado si se diagnostica y trata a tiempo^{ix}.

Con todo, persiste la interrogante de si la menor susceptibilidad a enfermar de los niños se condice también con una menor infectividad, es decir, una menor capacidad de contagiar. Es lo que sugiere la experiencia de Corea del Sur para niños de hasta 10 años^x, en la misma línea de hallazgos preliminares en otros países^{xi}. Sin embargo, las conclusiones en esta materia son algo débiles, de manera que las diferencias en infectividad según edad todavía son poco claras. En lo que sí parece haber certeza es en el hecho que los niños no serían “super esparcidos”^{xii}, es decir, que no juegan un rol mayor que los adultos en la transmisión del virus a nivel poblacional^{xiii}, como sí ocurre con otros virus respiratorios.

PROBLEMAS Y RIESGOS DEL CIERRE DE ESCUELAS

La literatura internacional muestra que la interrupción de las clases puede tener un impacto negativo en el aprendizaje de los estudiantes y que el daño varía para los distintos niveles socioeconómicos^{xiv}. Peor aún, sobre la base de simulaciones, se estima que el cierre de escuelas debido a la pandemia tendrá efectos negativos de largo plazo en la tasa de graduación e incluso consumo futuro, especialmente de los niños que viven en entornos menos aventajados y quienes hoy son más pequeños y por lo tanto, se encuentran en una fase crítica de su desarrollo^{xv}.

Aunque durante la pandemia se han realizado esfuerzos notables para continuar con las clases de forma remota, ya sea online, mediante material impreso o incluso a través de radio y televisión, se trata de estrategias que no sustituyen las interacciones presenciales. Es posible que las consecuencias de largo plazo del aprendizaje a distancia difieran según la edad y las necesidades específicas del alumno; niños en edad preescolar, por ejemplo, pueden requerir la presencia de un adulto que los guíe, en la medida que aún están desarrollando las habilidades necesarias para regular su propio comportamiento y emociones, mantener atención y monitorear su aprendizaje^{xvi}.

Adicionalmente, el aprendizaje a distancia requiere ciertas condiciones materiales y apoyo para funcionar adecuadamente. Así, si en circunstancias normales la escuela contribuye a nivelar las oportunidades para los aprendizajes, en ausencia de ésta las características del hogar se vuelven más determinantes y es posible que

las brechas entre niños más y menos aventajados se incrementa^{xvii}. Esto ocurre en parte porque los padres más educados suelen tener trabajos más flexibles, mejor acceso a computadores con internet y, en general, más recursos para apoyar a sus hijos en el proceso educativo^{xviii}.

En ese contexto, Eyzaguirre et al. (2020)^{xix} examinan la disparidad en las condiciones bajo las cuales los escolares chilenos deben enfrentar el proceso de aprendizaje remoto y encuentran que al considerar tanto las condiciones de la vivienda (su materialidad y el nivel de hacinamiento), como el equipamiento (acceso a internet y computador), al menos un 47% de los escolares del país no cuenta con las condiciones físicas mínimas para el aprendizaje a distancia. Además, 16% vive en un hogar sin un adulto con al menos enseñanza media completa, mientras que el 30% no cuenta con un adulto disponible durante el día –independiente su nivel educacional-. En suma, estiman que dos de cada tres escolares presentan carencias en las dimensiones examinadas, proporción que crece entre el 20% más pobre, lo que denota la desigualdad en las condiciones para el aprendizaje remoto y las disparidades que es posible esperar se produzcan como consecuencia de ello.

Pero los efectos del cierre de las escuelas exceden lo estrictamente académico. Diversos organismos han advertido además sobre su impacto en otros ámbitos relativos al bienestar de los niños y sus familias: dificultades para padres trabajadores que no tienen con quién dejar a sus hijos, inseguridad alimenticia de quienes dependen de las raciones que entregan las escuelas y la amenaza de abandono escolar^{xx}. Para el caso de Chile, por ejemplo, el Ministerio de Educación (MINEDUC) calcula que este año 81 mil niños podrían dejar el sistema, lo que representa 2,7 veces el abandono estimado para un año normal. Adicionalmente, la experiencia del SARS el año 2003 demuestra que el confinamiento y el cierre de escuelas fue causa de ansiedad y depresión en los niños^{xxi}.

En Estados Unidos se ha advertido sobre el desplome que registran los casos reportados de abuso y maltrato infantil en varias regiones de Estados Unidos, junto con un alza en los eventos más graves, en cuyo caso los daños en los niños son tan evidentes y visibles que obligan a llevarlos a un centro de salud^{xxii}. El aislamiento y el estrés económico y psicológico asociado a la pandemia, exacerbados por comportamientos de escape como el consumo problemático de alcohol, se avizoran como detonantes de una mayor violencia doméstica^{xxiii}. A esto se deben sumar las dificultades que impone la educación remota al personal escolar en la detección del abuso. En esa línea, la caída en el reporte de casos se atribuye no a una menor ocurrencia, sino a la disminución de las denuncias por parte de las escuelas, que

suelen ser los principales informantes^{xxiv}. Si bien para el caso chileno no contamos con cifras al respecto^{xxv}, es evidente que se trata de una problemática de la que no estamos ajenos y que no se debe desestimar.

HACIA UNA APERTURA GRADUAL DE LAS ESCUELAS

Hasta aquí hemos visto que, por un lado, la evidencia disponible indica que el cierre de escuelas contribuye al control de la pandemia, aunque probablemente de forma marginal en comparación con el resto de las medidas aplicadas por los gobiernos. Adicionalmente, se ha determinado que los niños son menos propensos a contraer el virus y que sufren consecuencias mucho menos graves que los adultos. En cuanto a su rol en la transmisión de la enfermedad, la evidencia es menos clara, pero apunta a que no son “super esparcidos” en comparación con los adultos.

Estos antecedentes, sumados a la experiencia que indica que el riesgo de brotes al interior de las escuelas depende principalmente del control del virus a nivel comunitario, sugiere que bajo ciertas condiciones la apertura de estas puede llevarse a cabo de forma más o menos segura. En ese contexto, cobran relevancia las medidas de mitigación. La Academia Nacional de Ciencias, Ingeniería y Medicina de Estados Unidos (2020) recomienda priorizar el chequeo de síntomas, el uso de mascarillas, el lavado de manos, el distanciamiento físico y restringir las reuniones concurridas. La limpieza y ventilación son también importantes, aunque por sí solas son insuficientes para reducir el riesgo de transmitir el virus. Además, una estrategia sugerida es conformar pequeñas cohortes de estudiantes que permitan reducir los contactos frecuentes y acomodar las instalaciones.

Con todo, es importante no perder de vista que, aun si se realizan correctamente todas las estrategias de mitigación, es imposible eliminar completamente el riesgo de contraer Covid-19 en las escuelas. Dicho riesgo debe entonces ponderarse con la amenaza que significa mantener las escuelas cerradas, cuyos costos son menos visibles y quizás de más largo plazo que la propia enfermedad, pero igualmente atendibles, abarcando desde lo estrictamente educativo hasta lo que podríamos denominar costos sociales y emocionales. En cada uno de esos ámbitos, es claro que el impacto negativo del cierre de escuelas no es el mismo para todos y por lo tanto hay sectores de la población en los cuales los beneficios de la apertura son mucho más evidentes y urgentes.

Además, es importante reconocer también las diferencias en las condiciones sanitarias de cada territorio. A la fecha, en el país hay sólo 37 establecimientos que

han abierto sus puertas y otros 70 que solicitaron al MINEDUC autorización para hacerlo^{xxvi}. No obstante, en total contabilizamos 923 recintos ubicados en 71 comunas que en el último mes han reportado 10 o menos casos (y 209 en 25 comunas sin nuevos casos), las que suman un total de 96,6 mil niños, de los cuales un 70% corresponde a estudiantes calificados como prioritarios^{xxvii}.

La escuela otorga un espacio de desarrollo y bienestar que hoy más que nunca hemos podido verificar y que la enseñanza remota y las plataformas online no son capaces de reemplazar. Si bien hay encuestas que muestran la reticencia de algunos padres respecto a la idea de enviar a sus hijos al colegio (CADEM, 10 de septiembre), ello no puede ser motivo para dejar de impulsar aquello que desde el punto de vista general y a partir de la evidencia, se estima más beneficioso. Urge apoyar con convicción el proceso de apertura de las escuelas en aquellas regiones y comunas en las cuales los contagios se encuentran controlados y el peligro de brotes es menor, priorizando la asistencia de los niños más pequeños y ofreciendo un retorno flexible y voluntario.

El MINEDUC presentó un plan general basado en dichos ejes, el que las escuelas deben adaptar a su propia realidad. Es clave que estas avancen en la socialización con sus comunidades y así se vayan despejando los temores que persisten. Más que hablar de “volver” a las clases presenciales, quizás un primer paso sea, por lo menos, tomar la decisión de abrir las escuelas y ponerlas a disposición de la comunidad, de manera que quienes necesiten del espacio que estas brindan puedan tenerlo, y que quienes aún no se sienten seguros puedan ir de a poco resolviendo sus inquietudes.

ⁱ ONU (2020). Education during covid-19 and beyond. Policy Brief, agosto 2020.

ⁱⁱ Levinson et al. (2020). Reopening primary schools during the pandemic. New England Journal of Medicine.

ⁱⁱⁱ Viner et al. (2020a). School closure and management practices during coronavirus outbreaks including COVID-19: a rapid systematic review. Lancet Child Adolesc Health 2020.

^{iv} Ismail et al. (2020). SARS-CoV-2 infection and transmission in educational settings: cross-sectional analysis of clusters and outbreaks in England. Public Health England (12 de agosto de 2020).

^v Swann et al. (2020). Clinical characteristics of children and young people admitted to hospital with covid-19 in United Kingdom: prospective multicentre observational cohort study. BMJ 2020; 370:m3249.

^{vi} Munro & Roland (2020). The missing link? Children and transmission of SARS-CoV-2. Don't Forget the Bubbles, 2020.

^{vii} Viner et al. (2020b). Susceptibility to and transmission of COVID-19 amongst children and adolescents compared with adults: a systematic review and meta-analysis. MedRxiv (24 de mayo de 2020).

^{viii} Cálculos a partir información del Ministerio de Salud al día 12 de septiembre y del Censo 2017 del INE.

^{ix} Levinson et al. (2020).

-
- ^x Park et al. (2020). Contact tracing during coronavirus disease outbreak, South Korea, 2020. Emerging Infection Disease 2020; 26(10).
- ^{xi} Según Levinson et al. (2020), estos hallazgos se alinean con los datos relativos a la transmisión comunitaria en países que reabrieron sus escuelas (o bien no las cerraron), como Francia, Nueva Zelanda, Israel, Holanda y Australia, en los cuales los brotes del virus no se extendieron hacia los primeros niveles (*elementary schools*), lo que sugiere que la susceptibilidad, infecciosidad o ambas son menores en niños más pequeños. Asimismo, destacan que en Dinamarca los contagios han seguido cayendo tras la apertura de las escuelas y que en Finlandia, Bélgica, Austria, Taiwán y Singapur, donde se han tomado una serie de medidas complementarias, los contagios no se incrementaron.
- ^{xii} Munro & Faust (2020). Children are not COVID-19 super spreaders: time to go back to school. Archives of Disease in Childhood, 2020; 105:618–619.
- ^{xiii} Viner et al. (2020a).
- ^{xiv} Haeck & Lefebvre (2020). Pandemic school closures may increase inequality in test scores. Working Paper No. 20-03, Research Group on Human Capital.
- ^{xv} Füchs-Hundlen et al. (2020). The long-term distributional and welfare effects of Covid-19 school closures. Working Paper, Human Capital and Economic Opportunity Global Working Group, University of Chicago.
- ^{xvi} National Academies of Sciences, Engineering and Medicine (2020). Reopening K-12 schools during the covid-19 pandemic: prioritizing health, equity, and communities. Washington, DC: National Academies Press.
- ^{xvii} The Economist (2020). When easing lockdowns, governments should open schools first, 30 de abril.
- ^{xviii} Haeck & Lefebvre (2020).
- ^{xix} Eyzaguirre et al. (2020). Educación en tiempos de pandemia: antecedentes y recomendaciones para la discusión en Chile. Estudios Públicos 159 (2020), 1-70.
- ^{xx} ONU (2020).
- ^{xxi} Sprang & Siman (2020). Posttraumatic Stress Disorder in Parents and Youth After Health-Related Disasters. Disasters Medicine and Public Health Preparedness 7(1), 105-110.
- ^{xxii} Schmidt & Natanson (2020). With kids stuck at home, ER doctors see more cases of child abuse. The Washington Post, 30 de abril.
- ^{xxiii} Usher et al. (2020). Family violence and COVID-19: Increased vulnerability and reduced options for support. Mental Health Nursing, 29: 549-552.
- ^{xxiv} Hansen, A. (2020). Child maltreatment reporting statistics during the Covid-19 pandemic: a cursory analysis. University of San Diego, CHLB Scholarship 80.
- ^{xxv} Con fecha 12 de agosto del presente, realizamos una solicitud de información al Ministerio de Justicia, organismo que casi un mes después (9 de septiembre) derivó la solicitud a otros organismos y por lo tanto aún no hemos recibido respuesta.
- ^{xxvi} Fuente: Emol, 9 de septiembre.
- ^{xxvii} Cálculos propios sobre la base de información del MINEDUC y MINSAL (contagios al 18 de septiembre).